

Materia de Brasil

Elías Serra

La era de Lula
vista y vivida
por un español
curioso y un poco
impertinente



LULA:
DEL CORAZÓN A LOS ASUNTOS

As lágrimas não são argumentos.

MACHADO DE ASSIS

Elias Canetti, el escritor búlgaro en lengua alemana, de familia sefardí, vivió los años de su adolescencia en Yalta. Entre sus compañeros de la escuela había una brasileña, Trudi Glasdoch, pianista. Los padres de la muchacha, de origen checo, habían emigrado de Bohemia para Río de Janeiro años atrás. Ella había nacido en Brasil y hacía seis que vivía en Europa.

Trudi y Elías regresaban juntos diariamente de la escuela hasta sus casas, vecinas, en la cercana ciudad de Tiefenbrunne, y conversaban.

No eran fáciles ni livianas las conversaciones del niño Canetti, acostumbrado casi desde su nacimiento a los discursos sacrosantos de su gigantesco abuelo, judío ortodoxo, patriarca intransigente, próspero comerciante en Ruschuk, a orillas del Danubio, descendiente de una familia española –de los españoles transterrados por los Reyes Católicos, siglos antes–. En su hogar se hablaba –y así se educaba a los niños, generación tras generación– en aquel milagroso romance, el ladino, en el que Elias Canetti fue aprendiendo a ver el mundo en medio de tíos que debían seguir en los negocios paternos, entre mujeres que llevaban la parte de la casa que les correspondía, entre los niños de su calle, con los que hablaba en búlgaro; entre criadas del otro lado del río, que le hablaban en rumano, y junto a sus padres, educados en Viena y que hablaban entre ellos en alemán.

Tal vez fuesen los años de juventud y noviazgo en la deslumbrante capital imperial; tal vez la afición a los conciertos, al teatro, a los libros, a los cafés, a los pasillos de la universidad; tal vez la influencia de la esposa, enamorada y que se asfixiaba en la aldea bárbara que era Ruschuk a sus ojos. El caso es que el matrimonio emigró a Inglaterra, llevando consigo a sus tres hijos, muy pequeños, cartas para parientes afincados comercialmente en Mánchester y la solemne maldición del padre para el hijo, que a la anciana abuela del escritor, siempre en silencio y sentada eternamente en su otomana, debió de romperle el corazón mientras fumaba y bebía café sin parar.

Fuese el clima inglés, el dolor por la maldición paterna, nunca desterrado, bien una hipersensibilidad que por fuerza rozó la bonanza del matrimonio, el caso es que el padre de Elias Canetti murió una mañana mientras leía el *Manchester Guardian*, el corazón fulminado a los 28 años.

El resto de su adolescencia y su juventud serían para el joven Canetti años de una relación con aquella madre a la vez amorosa y rígida, que desde muy pronto trató a Elias como al hombre de la casa que no debía haber sido todavía, relación que lo marcó profundamente para el resto de su vida. Su madre viuda decidió regresar al continente, siempre pensando en la educación de sus hijos. Años en Zúrich, Viena y, cuando el muchacho tenía 15, Yalta.

Todas las tardes, Trudi y Elias regresaban juntos a casa. Trudi tenía una voz aguda y estridente, y conversaban —«discutían», dice el escritor— sobre todas las cosas: «Ella tenía una manera de exaltarse que me encantaba. Compartíamos muchas ideas nobles y éramos almas gemelas en nuestro desprecio por los bienes materiales. Cuando ella, que venía de un país, por decirlo así, salvaje, defendía la prioridad del sentimiento sobre el conocimiento, yo respondía con la necesidad del conocimiento. Entonces nos enfrentábamos».

Elias Canetti fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1981.

El uno de enero del año 2003, día de su toma de posesión como presidente de la República Federativa de Brasil, Luiz Inácio Lula da Silva, pernambucano mísero, emigrado décadas antes a São Paulo, obrero metalúrgico y luchador incansable, se hinchó a llorar a moco y baba delante de miles y miles de ciudadanos, doscientos mil según las crónicas, en la Explanada de los Ministerios, en Brasilia. Lloró delante de las cámaras de televisión de todo el mundo, ante millones y más millones de espectadores. Lula lloró, incontenible en su sentimiento; se restregaba los ojos, se sorbía los mocos, bajaba la cabeza, sonreía lagrimeante. Y es de suponer que miles, millones de brasileños, llorarían también aquel día. Era un día para sentir, como le gustaba a Trudi Glasdoch, es decir, para llorar.

El uno de enero del año 2003 amaneció soleado y caliente en Brasilia, como era de esperar y en contra de los pronósticos de meteorólogos y agoreros. Hacía, *había*, calor en la capital federal, porque en Brasil ese día es el corazón del verano y porque Lula, Luiz Inácio Lula da Silva, «*Lulinha paz e amor*», como había rezado el principal eslogan de su campaña electoral, era ese día el corazón de Brasil. Un Lula radiante, orondamente encaramado en el Rolls Royce que en 1954 regalara la reina Isabel de Inglaterra al presidente Getúlio Vargas. Por cierto que el famoso *jeitinho* brasileño, es decir, el «modo de ser», el estilo nacional de hacer las cosas un poco así, suelto, improvisado, chapucilla para entendernos, a veces tan gracioso y otras no tanto, dio lugar a un instante que en otro lugar habría provocado azoro, incomodidad y hasta bronca, y que aquí resultó simpático: el viejo cochazo no pudo con uno de los suaves repechos de la Explanada, y durante unos metros debió ser empujado por los fornidos escoltas.

El viejo Rolls Royce de 1954, el mismo año, precisamente, en el que Lula, su madre doña Eurídice Ferreira de Melo y sus siete hermanos se encaramaban con mucha más incomodidad en un *pau de arara*, una de aquellas camionetas proletarias y renqueantes que acarreaban a tantos miserables nordestinos hacia el próspero sur,

en un viaje que duraba dos extenuantes semanas. Entraba, así, el futuro presidente, a formar parte de ese ejército de brasileños, los *retirantes*, especie humana que es ya parte inevitable de la historia del Brasil contemporáneo. Lula es, desde aquellos días lacerantes, uno de aquellos míticos transterrados que, además, y para agigantar más al personaje, debería crecer en un mundo hostil a base de coraje: un auténtico «hecho a sí mismo» en la mejor tradición del capitalismo voraz, pero, también –al César lo que es del César– en un mundo de las oportunidades para los que valen. Un espejo, en suma, para millones de compatriotas como él.

Casi cincuenta años después, el séptimo hijo de Dona Eurídice, doña Lindu, y de un padre que los precedió en la retirada hacia el sur y al que apenas conoció; el metalúrgico al que una máquina descuidada había devorado el dedo meñique de la mano derecha; el chiquillo que por las calles de Santos y luego en el barrio de Ipiranga, en São Paulo, vendiera dulces de *tapioca* como un verdadero *camelô*; el muchacho nacido en Caetés, un lugarejo del agreste pernambucano en medio de la *caatinga*, esa vegetación árida, espinosa, polvorienta y xerófila, apta para *cangaçeiros* y los sacrificados, menudos y renegridos *sertanejos*; el sindicalista pétreo, líder de cien mil obreros que constituían la élite de la clase trabajadora brasileña; el fundador del Partido de los Trabajadores; el apasionado *torcedor* del muy glorioso y sufrido Corinthians Fútbol Club; el diputado constituyente, el cuatro veces candidato a la presidencia de la República, Luiz Inácio Lula da Silva llegaba al Congreso brasileño, tras el caliente y enfervorizado y exultante y lacrimoso y muy abanderado paseíllo por la Explanada de los Ministerios a lomos del Rolls Royce, regalo de su graciosa Majestad en lejanos años.

Así que, cómo no iba a llorar de emoción el pueblo brasileño.

Tras pasar por la puntiaguda catedral metropolitana, la comitiva llegó primero al Congreso y luego al Palacio de Planalto, y allí sería el tiempo de discursos y recepción de invitados. Allí estaba un

Fidel convaleciente pero entero, contento y menos ostentoso que Chávez, siempre hablando a manotazos, ambos muy observados por los representantes del Fondo Monetario Internacional, de la Delegación de los Estados Unidos y del Príncipe Felipe de España, tan seriecito cuando tocaba y, muy enseñado él, tan sonriente si era el momento.

Dicen las crónicas que cuando el presidente firmó el Acta de toma de posesión hubo nueva ola de tembleques y lágrimas sin cuento. El alcalde de Aracajú, Marcelo Deda —y ahí están las heme-rotecas, que no nos dejarán mentir— lloraba de forma incontenible, abrazado al inminente ministro de Hacienda, Antonio Palocci.

Y ahí, en ese ambiente, Lula se arrancó con su primer discurso presidencial, dirigido a los «compañeros y compañeras».

Pero el día había comenzado mucho antes. Para algunos había comenzado la tarde anterior, con el lento e incansable desembarco de miles de brasileños llegados en autobuses, en camiones, en sus coches, desde Goiás, Río, São Paulo, Bahía, Minas Gerais, Río Grande del Sur, Mato Grosso... Una multitud que con la mañana se fue arracimando lentamente ante el inmenso escenario levantado en medio de la Explanada. El día había comenzado con el revolar de pañuelos y banderas. Los doscientos mil pañuelos verdeamarillos que la organización había repartido, y en los que se podía leer «Yo he participado de este cambio». Los miles de banderas, rojas en su mayoría. Banderas y pañuelos y dulces y abrazos y cerveza y lágrimas y gritos de júbilo y *churrasquinho* (una especie de pincho moruno asado a las brasas de una parrilla elemental). Todos a la espera del *show*, del espectáculo astutamente preparado por los responsables de la organización y que rellenaría las horas previas a la ceremonia oficial.

Y qué mejor para empezar que una *Dupla sertaneja*, y quién mejor que la pareja Zezé di Camargo y Luciano, esos dos mozos tan sanos y lustrosos, mofletudos, de sonrisa constante e inaguantablemente seductora; vendedores de millones de discos con su

música romántica, imprescindible en verbenas y fiestas de todo tipo y abundante en gasolineras y supermercados; música que arrastra a las masas, especialmente a las femeninas. Ahí estaban los dos hermanos, embutidos en sus vaqueros ajustados, sus cinturones de hebillas siderales, sus camisas a cuadros, sus sombreros de ala vaquera, sus guitarras y sus quiebros de voces, aguda y grave, alternando en gorgoritos, con falsetes que arrancan gritos de entusiasmo. La *Dupla sertaneja*, expresión genuina, popular, brasileñísima (aunque el modelo estético parezca venido de otro oeste más lejano, yanqui y peliculero), que derrama a borbotones una ternura melódica y un poco hortera por donde quiera que va, hoy sobre los miles de entusiastas, que se deshacen de emoción y a lo mejor incluso lloran en la Explanada de los Ministerios en Brasilia.

Buen comienzo, al que sigue, nada menos, que esa especie de tríada capitolina del Olimpo musical brasileño: Chico Buarque, Maria Bethânia y Gilberto Gil. *Xico* Buarque, culto, progresista, moderno, novelista, poeta, compositor, amigo de sus amigos, brasileño de un patriotismo consciente y crítico, sonriente y guapo, muy guapo, el yerno ideal; y Maria Bethânia, hermosísima voz y un misticismo que también encanta y que a veces se desborda un poco; y Gilberto, la negritud, las rastas, la iconoclastia, la voz singular y el estilo quebradizo y rítmico, el trasgresor que provocaba con sus ingenuos porritos al orden establecido en los tiempos de la dictadura, en los años de plomo. Gente eterna ya en la vida y la historia de Brasil.

Y quién mejor que Zeca Pagodinho para redondear estilos y fiesta. Zeca Pagodinho, con su eterna cerveza en la mano y su incorrecto cigarro y su cara sonriente y cansada, y sus guiños golfos y su decir insinuante y su lengua popular, castiza, llena de modismos, de expresiones de la más pura calle, y su ritmo de samba que impide a cualquier cadera estarse quieta. Quien no alcanzaba con la vista el lejano escenario seguía el espectáculo por alguna de las muchas pantallas gigantes estratégicamente situadas.

«Compañeros y compañeras», empezó Lula.

Y lo primero fue lo de «la esperanza, que había vencido al miedo». Y luego, «el cambio» y la sombra del experto Felipe González no andaba lejos del primerizo presidente; el que fuera veinte años antes en España «el motor del cambio socialista» se permitía aconsejar paternalmente al líder brasileño sobre la «resistencia a tentaciones corporativas y presiones de los sindicatos». Sabía de lo que hablaba. Y Lula aprendió pronto la lección.

El discurso de Lula, muy elaborado por sus sesudos *marqueteiros*, conjugó promesas, esperanza y emoción. Y realismo. Al lado de la constante apelación al cambio, a la reforma agraria serena y la invocación a un pueblo «maduro, encallecido y optimista», Lula agradeció a Dios por haber permitido al chiquillo que vendía cacahuete tostado en el puerto de Santos llegar a dirigir el país, llegar a tener la oportunidad de trabajar para que los brasileños pudiesen volver a poder andar por sus calles y plazas tranquilamente; para que ningún brasileño pasase hambre. Era posible. Así lo creía él y así lo creía la multitud y todo el país, que seguía la ceremonia por televisión. Lula habló, emocionó, esperanzó y acabó sus palabras: «*Viva o povo brasileiro!*».

Y es que, como personaje crecido en la barricada obrerista y con el micrófono en la boca, Lula habla mucho. Se nota que le gusta muchísimo. No calla. Seduce, emociona, irrita, dice enormes disparates desde los más diversos puntos de vista, sus metáforas son populares, futbolísticas, campesinas, fisiológicas, para alborozo de personal tan dado a lo corpóreo. Y llega. Llega al pueblo, a la masa, al famoso *povão*, o sea, a los pobres. Porque, como dijo una vez, «cuidar de los pobres es fácil. Los pobres no dan trabajo, es bueno gobernar para ellos» porque, claro, añadía un comentarista venenosillo, «los pobres no hacen manifestaciones, no se organizan en sindicatos, van a la iglesia, consumen cestas básicas y se contentan con la Bolsa Familia».

A Lula no le faltan, no, las frases contundentes, en las que él mismo a veces se golpea a fuerza, y no se sabe si es mejor o lo más

grave, de sinceridad. Tanto que ha permitido que cierta hormiguita elabore y publique algún *Diccionario de Lula*, que si no es lectura apasionante, sí ilumina al personaje, si seguimos creyendo que, además de por sus hechos, por sus palabras los conoceréis. «Largo en palabras» es este Luiz Inácio Lula da Silva.

Pero el discurso de toma de posesión fue una pieza elaborada. Con frases de esas rotundas, como aquella de que su aspiración era que al final de su mandato «todos los brasileños hagan desayuno, comida y cena». Y al decirlo, Lula lloró.

Y años después, los números alimenticios cantarían, contundentes. El pueblo brasileño come más, los índices de pobreza se han reducido, y dicen que la clase media (la que se puede comprar una nevera, una cocina de gas, una lavadora, un teléfono o un plan de salud –un seguro médico privado que permita escapar de la trágica sanidad pública–) ha crecido, y mucho.

Y por encima de todos los sinsabores, alrededor y pasando al lado de los mendigos que se pudren de roña y tisis en las calles de las ciudades, esos a los que los señoritos –bueno, no: todo el mundo– llaman marginales, me parece que con un error de sufijo, que mejor sería decir marginados, por las aceras de esas mismas calles del país el pueblo brasileño camina.

Camina hacia el autobús que lo lleva a trabajar, en un viaje de dos o tres horas desde su periferia; a trabajar de empleadas domésticas en las casas de los blancos, de porteros, de policías, de empleados de comercio con salario mínimo, de limpiadoras de oficinas con lo mismo, de funcionarios de muy modestos escalafones pero funcionarios al cabo, de vendedores de cualquier cosa, de hombres-anuncio que, emparedados, te dicen, en medio de la avenida Sete, que se compran joyas y oro o que usted, que es militar o jubilado o funcionario, pida un crédito personal, pero ya, verá qué fácil. El pueblo brasileño camina hacia el campo de fútbol a ver el BA-VI: un Bahia-Vitória en Salvador, que es el no va más de la rivalidad local en el estadio Fonte Nova, antes de que se caiga a

trozos y mate a algún forofo.⁴ El pueblo brasileño camina hacia la plaza de Castro Alves, donde Petrobras, la mastodónica Compañía Petrolífera Nacional, de tanto orgullo, ha organizado un concierto con Riachão, Carlinhos Brown, Olodum y hasta la mismísima Ivette Sangalo, lozana, hermosa, sana y lustrosa como un caballo de carreras. Petrobras colabora así en la conmemoración de algo (que Brasil es autosuficiente en producción energética, que llega la primavera, que es el aniversario de la ciudad, o de Brasil o de la misma empresa, o el día de la República, o el de la abolición de la esclavitud, o el día de la Independencia; algo hay siempre que celebrar, que no en vano dicen las encuestas internacionales que el brasileño se considera el pueblo más feliz del mundo, y ahí es nada, y a ver quién es el guapo que lo corrige).

Y hacia allá camina el pueblo brasileño. Camina hacia la iglesia, sea la Católica, la Universal, la Internacional, la del Evangelio Cuadrangular, la de Los Milagros a Destajo, la de Renacer en Cristo. Tantas hay.

El pueblo brasileño, que hizo llorar a Lula otra vez, al lanzar al aire en su discurso el programa Fome Zero, para el que en el primer gobierno luliano se crearía todo un Ministerio, nada de extrañar teniendo que repartir cargos entre tanta base aliada –ocho o más partidos buscando la tajada–, lo que daría un gobierno de 45 ministros, que se dice pronto. En seguida lo de Fome Zero no gustó, se ignoran las razones, aunque se pueda barruntar que lo de «hambre» sonaba demasiado a tercermundista para un país siempre emergiendo. Y quedó el más aséptico nombre de Bolsa Familia.

Y Lula continuaba. La lucha por la esperanza tenía muchos frentes, sí, y a ninguno se renunciaría. Contra la *improbidade*, o sea, contra la iniquidad, contra el descaro, la canallez, el robo, la explotación, el abuso, la amenaza, el asalto, la violencia, la muerte

4. Para evitar que esto se repita, y con motivo de las Olimpiadas de 2016, esta vetusta construcción fue demolida el 30 de agosto de 2010.

si hace falta, que si el tipo no te da la cartera o el reloj, si se resiste, pues le pegas un tiro y santas pascuas.

O contra la improbidad administrativa y no menos sangrante, la de camisa y corbata y comisiones y desvío de partidas presupuestarias, no menos canalla y criminal que la aparatosamente callejera del tirón y del tiro en la cabeza; y así, si un probo funcionario que sabe lo que pasa en su sección amenaza con denunciar al compañero que roba de la partida de libros escolares, pues no faltan sicarios a quinientos reales con otro par de tiros y ya está. Lula también la anatematizó en su discurso y se comprometió a combatirla hasta la victoria final. «*A luta continua, companheiros*».

Y acabó el discurso y reventó la fiesta, la alegría; era el día de la toma de posesión de nuestro presidente, era el tiempo de Lula, de la felicidad y el alborozo (y de las lágrimas, claro, muchas lágrimas) en Brasilia, en São Paulo, en Salvador y en Garanhuns, la aldea pernambucana de donde salió Lula cuarenta años atrás.

El tiempo de Lula, que había comenzado mucho antes, con el muchacho encaramado y dando tumbos en aquella camioneta destartalada, rumbo al sur. Tumbos que algo le enseñarían: la manera de afianzar bien los pies para no caerse, de apretar bien los dientes contra el polvo, de agarrarse a una tabla, de mirar a los lados, de soñar con salir adelante, de andar y andar, de caminar como bien sabe hacerlo el pueblo brasileño.

Un camino que lo llevó al Palacio de la Alborada el uno de enero del año 2003.